

“Inmigrantes y municipios” en Triunfo (19 mayo 1973)

Leyenda: El 19 de mayo de 1973, la revista Triunfo expone la situación de los trabajadores inmigrantes en Europa. El Consejo de los Municipios de Europa se inquieta por la situación de los trabajadores inmigrantes en Europa, un asunto del que existen opiniones contrarias: aquéllas que defienden la falta de adaptación de éstos en la sociedad de destino; y las que culpan a las ciudades de no acoger a los inmigrantes y de discriminarles; un debate cuyas diferencias se han puesto de manifiesto en una reunión del Consejo en Grenoble.

Este Consejo defiende la ampliación del Tratado de Roma de forma que no sólo se proteja a los trabajadores de la Comunidad y donde quedan fuera, por ejemplo, españoles, turcos, argelinos y marroquíes. Por tanto, dicho Consejo propone que los obreros inmigrantes contratados adquieran los mismos derechos que los ciudadanos de la Comunidad durante el tiempo que duren sus contratos, una idea que parece utópica actualmente. Sin embargo, añade que a los Estados de origen no les interesa apoyar iniciativas comunes de inmigrantes para presionar sobre sus derechos, ya que un regreso masivo a sus países causaría la disminución de remesas y el aumento del desempleo.

Fuente: “Inmigrantes y municipios”, en Triunfo, núm. 599, año XXVIII, 23.03.1974, página 8. Disponible en: <http://www.triunfodigital.com/mostrador.php?a%Fl=XXVIII&num=599&imagen=8&fecha=1974-03-23> .

Copyright: (c) Triunfo Digital

URL: http://www.cvce.eu/obj/inmigrantes_y_municipios_en_triunfo_19_mayo_1973-es-3716c4da-5f3d-489b-8a05-306d33a9b905.html

Publication date: 20/02/2014

La Europa de los ilotas

INMIGRANTES Y MUNICIPIOS

El Consejo de los Municipios de Europa (*Conseil des communes d'Europe*) se inquieta por el problema de los trabajadores inmigrados. Forman núcleos aislados. Modifican la vida, las costumbres, las estructuras de las ciudades. Naturalmente, hay dos puntos de vista opuestos: uno es el de que los inmigrantes no se asimilan y prefieren vivir entre ellos, y, sin embargo, necesitan de los servicios comunales: gravan los presupuestos de las ciudades. Otro, el de que son las ciudades las que no acogen, no reciben como sería necesario a estos trabajadores. Les segregan, les discriminan.

Polémica en Grenoble

El tema se ha tratado en una reunión especial del Consejo celebrada en Grenoble, y promovida por el alcalde de la ciudad. Digamos que este alcalde representa el punto de vista más crítico para los trabajadores inmigrantes, mientras que el embajador de Argelia, invitado para representar a sus compatriotas, es el defensor de los inmigrantes. El alcalde de Grenoble explica: «La llegada de los inmigrantes ha modificado nuestras ciudades. Los domingos, Munich es una ciudad turca; Grenoble es una ciudad de África del Norte, con su Medina. Tras este folklore, unas realidades: escuelas y hospitales bloqueados, que intentan hacer frente a una situación que no pueden dominar. Los alojamientos, los apartamentos: todo está repleto. Se instala la segregación. Se puede arrasar un barrio y construir oficinas en su lugar, pero esas mutaciones matan el centro de las ciudades; y con él se van sus almas».

Mientras se van las almas de las ciudades, las de los trabajadores inmigrantes se destrozan. Son «los fogoneros de la máquina Europa», dice el embajador de Argelia. Si Francia continúa su expansión al ritmo actual, en 1980 va a necesitar nueve millones de inmigrantes para realizar los trabajos. Pero si continúan siendo discriminados, víctimas del racismo, ajenos a cualquier forma de participación en las ciudades que les reciben, no van a continuar emigrando. Sus países de origen buscan la forma de absorberlos o de mantenerlos. Argelia considera que la emigración es un accidente que debe desaparecer. Nuestra revolución agraria va a mantener cada vez más a nuestros trabajadores en el medio rural. Tened paciencia,

los inmigrantes se marcharán de vuestros países si no cambia vuestra actitud hacia ellos».

Las municipalidades han decidido en Grenoble pedir dinero. Los problemas de escuelas, de hospitales o de alojamientos son problemas económicos. Ocorre que los trabajadores inmigrados benefician directamente a las empresas, a las industrias que los reciben, y sólo en segundo lugar a la economía general del país, pero quienes pagan los gastos son las municipalidades, que ven aumentar continuamente las capas pobres de su población, las capas que necesitan ayuda. Solución propuesta: que las empresas, los utilizadores de los inmigrantes, paguen por ellos. Solución a la que, naturalmente, se oponen las empresas.

¿Discriminación en la discriminación?

Pero no bastaría tampoco aunque se adoptase. Los emigrados seguirían quedando sujetos a la caridad municipal, y no partícipes de los bienes municipales. No tienen representación, no tienen voz ni voto. No la tienen en las Asambleas nacionales (porque no pueden pertenecer a los partidos políticos), los sindicatos los discriminan, los patronos y las policías tienen armas contra ellos —la expulsión fulminante— si tratan de protestar. Y las ciudades en que viven no les dan voz ni voto. El Tratado de Roma —la base de la Comunidad Económica Europea— no pensó nunca en ellos. Decidió

—explicó al Consejo de las municipalidades un representante de la dirección de Asuntos Sociales— «la libre circulación de los hombres en el interior de la Comunidad. Será preciso que amplíemos los textos. Ya tenemos fondos previstos para esos estudios».

Pero cualquier protección de este tipo sólo protegerá a los obreros de dentro de la Comunidad: españoles, turcos, argelinos y marroquíes quedarán fuera. ¿Habrá otra discriminación dentro de la discriminación? Los italianos —que son miembros de la Comunidad— han expuesto en esta reunión puntos de vista más amplios. Se trata de crear formas de entendimiento entre los inmigrantes y los ciudadanos. Los ciudadanos deben estar penetrados de la idea de que los trabajadores extranjeros les son necesarios, y que la construcción de Europa depende de ellos en parte principalísima. Deben considerarse como conciudadanos... Y los trabajadores extranjeros, a su vez, deben tener formas de participación en la vida de los países que les reciben.

Los belgas han realizado ya desde hace un año un sistema paralelo, que se está empezando a extender a Holanda y a Alemania Federal. La experiencia ha comenzado en Lieja, en los pueblos de los alrededores. Consiste en que los trabajadores extranjeros se organicen a sí mismos en municipios paralelos. No son por ahora más que consultivos, sin ninguna capacidad decisoria. Los temas que debaten y que estudian son luego some-

tidos por sus representantes al verdadero ayuntamiento, que es el que tiene capacidad decisoria. Los resultados no se pueden todavía apreciar.

Podría sugerirse también que los concejales que más directamente tocan el problema de los emigrados —por sus barrios en que han sido elegidos— fuesen sus representantes en las comunidades. Pero tampoco sería suficiente.

La solución de los concejales

La solución es por ahora utópica. Consistiría en que los trabajadores inmigrantes contratados gozasen en el país que les acoge durante el tiempo de su contrato de los mismos derechos de los ciudadanos. Electorales, sindicales, de afiliación a partidos políticos; naturalmente, en el municipio deberían tener todos los derechos, incluso el de la elegibilidad.

Debería haber concejales extraídos de los mismos grupos de trabajadores extranjeros. Esto presentaría muchos problemas, indudablemente. Entre esos mismos grupos, el de las nacionalidades. Pero representaría una solución más justa que la situación actual. Los países y los municipios no están dispuestos a concederlos, porque entonces el carácter de explotación tendería a desaparecer, y sin duda hay una explotación de estos obreros. En muchos países, en muchas comunas, se tiende a dividirlos —más aún de lo que están— en grupos nacionales para evitar todo acuerdo, y discretamente —o no discretamente— se deshacen de los que empiezan a dirigir los grupos con esta finalidad.

Sólo una acción común de los obreros inmigrantes y la ayuda directa para ello de sus países de origen podría presionar sobre la situación. Pero los países de origen, en muchos casos, huyen de todo apoyo que entrañase un posible regreso en masa a la patria: mientras están en el extranjero envían divisas y permiten restringir las cifras del paro obrero en el interior.

Tema sin resolver. Tiene antigüedad: era una situación que se producía entre los ilotas y los ciudadanos de la antigua Grecia. Pero hace dos mil quinientos años que los ilotas se alzaron: la guerra duró varios años, y al cabo de ellos se creyó que el problema se había resuelto. Inútilmente.

Son «los fogoneros de la máquina Europa», así ha calificado a los trabajadores inmigrantes el embajador de Argelia en Francia.

